

A mi amigo Jesús Vidaurre Pano,  
protagonista tal vez ficticio de esta historia  
fantástica. Allá donde estés.

# *M a r y*

Autor: J.Carlos Unhomas

Esta obra se encuentra sujeta a los términos y condiciones de la *Creative Commons Attribution-NonCommercial-No Derivative Works 2.5 Spain License*, que en pocas palabras viene a decir que eres libre de usar, mostrar, copiar y distribuir esta obra respetando siempre que:

- se cite al autor (J.Carlos Unhomas)
- no se use para fines comerciales sin su consentimiento
- no se transforme el contenido de la obra (incluyendo los términos de esta licencia).



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/>

El Olimpia zarpó del puerto de Valencia a finales de septiembre de 19... con destino a Cape Town. Propiedad de la naviera ARCASA (Armadores del Cantábrico,S.A.) era uno de sus cinco barcos, todos ellos dedicados al transporte de carga general, con 5.150 toneladas de peso muerto, 110 metros de eslora y 17 de manga. Su capitán, don Jesús Vidaurre, perteneciente a una rancia familia vasca de marinos, estaba próximo a jubilarse tras casi cuarenta años en la mar, los diez últimos al mando del Olimpia. De carácter introvertido no gustaba hablar de sí mismo excepto cuando alguno de sus esporádicos excesos de alcohol le desenhavía para hacerlo.

*–No he conocido mujer como aquélla. ¿Saben del azul sobre el negro? Así eran sus ojos de intenso azul sobre su piel de ébano, o mejor aún: como dos estrellas en la negrura de la noche. Mary Without-parents (así la llamaban) sabía de su madre bantú, y aunque no de su padre (eso decía ella, pero yo lo dudo sólo fuera por referencia de la madre) todos lo intuíamos de algún país más hacia el Norte... Sí, me enamoré de ella; la quise como a mi propia vida.*

*–¿Cómo pues la dejó marchar?*

*–Por aquellos años yo iba mucho a Walvis Bay (ya saben, en Namibia) a transbordar pescado de los barcos que faenan por allí. Casi en secreto nos veíamos por culpa del apartheid y de aquel cabrón que no me dejaba subirla a bordo.*

*–¿Quién?*

*–El capitán; un inglés tan pirata como el armador del Hurricane. Fíjense cómo eran que embarqué panameño y salí liberiano. Allí había de todo: tres o cuatro chinos, un negro que siempre respondía muy serio y circunspecto lo que sospecho era burla: «Yes, bwana», y hasta un moro, o al menos eso creíamos por sus oraciones en cubierta hacia La Meca... Era joven y no lo pensé dos veces. De madrugada partíamos rumbo a España. Al despedirme de Mary en el muelle (a mala hora se me ocurrió) le pregunté si le gustaría venirse conmigo.*

*Qué otra cosa podía hacer. Nos queríamos y se daba por hecho que las singladuras del Hurricane iban a cambiar hacia otros derroteros. Ella no respondió porque pienso dudaba entre el amor y el miedo a lo desconocido. Oculta tras uno de los cobertizos la dije esperase mi llamada. El marinero de guardia vigilaba la noche en el portalón. Subí mostrándome alegre como de haber tomado unas copas de más. «No se preocupe, vaya a descansar. Así me despejaré hasta la hora de partir.» No hizo falta que se lo repitiese dos veces. Llamé a Mary; la pobre temblaba como un flan. Con mucho sigilo la conduje hasta mi camarote. Pobrecita, cómo temblaba. La arrullé entre mis brazos para darle valor advirtiéndole no abriese a nadie...*

*—¿Se la llevó consigo?*

*—Esperen y verán. A las pocas horas iniciamos la maniobra de salida. Yo por entonces iba de tercer oficial y no hacía más que cumplir las órdenes que él me daba: «Atrás despacio», pues atrás despacio; «media caña a babor», pues a babor; «avante toda». Oigan, aquello parecía como una traca de verbena. El capitán entró despavorido gritando: «¡Le he dicho avante toda!» Y qué otra cosa había hecho yo. Tuvo que callarse al ver el telégrafo en posición correcta.*

*—¿Y el práctico?*

*—Je, yo qué sé dónde estaba el práctico. Con sus prisas no había querido esperarlo porque la cosa (luego se vio que no) era sencilla. Lo cierto fue un velero hundiéndose; nunca supimos si con gente dentro. Escapamos, o mejor dicho: escapó como alma que lleva el diablo porque se sabía culpable y temía las represalias subsiguientes... Pobre Mary, éstas fueron para ella.*

(Cuando más tarde en la causa judicial que se siguió al efecto se habló de este su carácter, la tripulación presente fue unánime al considerar a una tal Mary motivo de las desavenencias del jefe de máquinas, don Enrique Rojas, con el capitán. Nadie supo dar referencias de esta mujer, pero se dio por hecho su existencia a bordo ya desde Valencia, si bien ignorada en un principio, no por

eso inexistente (por lo oído, yo diría sospechada) a raíz de los sucesos que originan este informe.)

*–Me recuerdo de guardia en el puente cuando subió el capitán a preguntarme que quién estaba en mi camarote. Palidecí de miedo. «¿En mi camarote?» «Sí, en el suyo; pues ya me explicará cómo estando usted aquí no se puede entrar.» Por lo visto, a pesar de mis cuidados, alguien le había informado de algo raro. Bajamos y al comprobar que con mi llave tampoco se podía entrar (lo que yo ya sabía al tener ella echado el cerrojo por dentro) quiso tirar la puerta con el hacha de contraincendios. Tuve que decirle la verdad porque de lo contrario lo habría hecho. Al ver a Mary hizo un gesto que en un principio interpreté de condescendencia con lo que ya no tenía remedio, y se fue sin decir nada. Vana ilusión. Si esto fue por la mañana, por la tarde se puso manos al asunto. Parados en alta mar mandó arriar el bote de salvamento, de los dos el de motor. Dándome cuenta de su intención, me encaré con él: «Por favor, no haga eso; yo cuidaré de ella.» Fue inútil. Después del hundimiento lo que menos quería eran más problemas, y por supuesto no iba a volver a Walvis Bay. Por orden sujetándome uno de los chinos para que no obstruyese su labor, la mandó subir al bote. Una caja, con comida y una brújula, era todo su equipaje. «Hacia el Este, siempre hacia el Este», le advirtió al zafar las trincas del pescante. Sí, la costa estaba allí, pero a qué distancia; no era posible verla desde donde estábamos. Puesto el motor en funcionamiento, Mary, llorando, se alejó de nosotros. Durante un rato comprobamos la adecuación del rumbo: en esa dirección tarde o temprano vería tierra.*

Siguiendo el perfil del levante español, el Olimpia se encaminó hacia el estrecho de Gibraltar. A pesar de que, según consta en el rol del buque, de los catorce miembros de su tripulación todos, excepto los mencionados, eran de nuevo reemplazo, su conducción estaba asegurada por conocerlo de anteriores

campañas. No cabe pues, por parte de los fletadores, alegar deficiencias en este sentido en cuanto a la pérdida de su cargamento de azulejos.

Digno de reseñar en este inicial trayecto fue lo sucedido a don Antonio Clavijo, el primer oficial, estando en su guardia de noche. Escuchemos sus palabras:

«Me encontraba en el alerón de estribor marcando con la alidada del repetidor del girocompás uno de los faros a fin de tomar posición. La oscuridad de a bordo y su entorno me permitía tener referencia clara de todos ellos. De pronto, la luz proveniente de uno de los habitáculos cuyos portillos daban a cubierta iluminó ésta dificultándome la visión de la costa. Dejé lo que estaba haciendo para averiguar el origen de aquella luz. Provenía del camarote del capitán. Avisado mi marinero de guardia de adonde iba, bajé a decirle la apagase o al menos echase la cortina a fin de no dejarla salir. Como quiera que no respondiese a mis llamadas me decidí a entrar. El despacho estaba a oscuras, pero no así el dormitorio que a través del resquicio del umbral de la puerta veía iluminado.

»—¡Por favor, capitán –grité–, apague la luz; me molesta desde el puente!

»No contestó.

»—¡Capitán, ¿me oye?! –volví a gritar más fuerte.

»Entreabierta la puerta apareció, fantasmagórico a contraluz, con el rostro desencajado. Creyéndolo acostado, me llamó la atención (además de lo dicho) verlo vestido con la ropa usual, sin el pijama. Quieto, sin decirme nada, en su mirada fija en la mía me daba cuenta que más que verme pensaba en otra cosa. Aturdido quise disculparme:

»—Perdone, sólo venía a rogarle que apague la luz. Me molesta desde el puente.

»Cerró la puerta tras de sí haciendo lo que le pedía. Del mueble bar llenó hasta su mitad un vaso con ginebra y se sentó en el sofá. En la penumbra del despacho yo seguía sus movimientos dudando estuviera sonámbulo.

»—Clavijo –me susurró por fin–, ¿sabe dónde estamos?

»Entendí quería saber nuestra posición y le dije la aproximada al haberme sido imposible calcular la verdadera por el incidente mencionado.

»—No; me refiero a si sabe dónde estamos.

»Me lo quedé mirando en silencio sin saber de qué me hablaba. Dándose cuenta de mi desconcierto, continuó:

»—Qué importancia tiene una latitud y longitud, o la distancia sobre una demora, sin el punto de referencia. Nada, no significa nada... Todo viaje se reduce a esto: a conocer del punto de referencia. ¿No le parece?

»—Supongo que sí —dije por decir algo, aunque seguía sin entenderle.

»Apuré el contenido del vaso de un solo trago.

»—Lo desconocido siempre infunde miedo, pero debemos superarlo si queremos conocer. Ellos sí saben de nosotros y no nos dejarán. Confiemos en que todo salga bien.

»Se levantó torpe tanteando el mamparo hasta la puerta de su dormitorio. Al ir a abrir, se volvió hacia mí:

»—Espero sabrá comprender...

»No supe qué contestar, y esperé hasta que desapareció. Subí de nuevo al puente.»

Aunque —como muy bien dijo el señor Antonio— sus palabras tenían un halo de misterio imposible de descifrar, sintomática es la frase «ellos sí saben de nosotros». «Ellos» —a mi entender— implica a otras personas ajenas a la tripulación, en este caso identificada con el «saben de nosotros». Será usted quien saque sus propias conclusiones al finalizar la presente lectura, pero sepa desde ahora que sólo en la conversación transcrita puede residir el secreto de lo ocurrido.

Como ya he dicho, a bordo era notoria la contrariedad de voluntades entre don Jesús y el jefe de máquinas, pues si bien ellos procuraban limitarla al ámbito de sus respectivos camarotes, es difícil que en un espacio tan reducido como el de un barco no trascienda al exterior. Era don Enrique hombre bronco en su trato con los demás. La rudeza de sus modales contrastaba, no diría con las

exquisiteces, sino más bien con la misantropía del capitán. Allá donde iba su voz sonaba fuerte advirtiendo a cuantos se acercaban; por el contrario, la del capitán no se oía hasta que, de improviso, te encontrabas con él. Puede decirse que el uno ejercía su poder a golpe de martillo, y el otro calladamente. Así es como describe el camarero las frecuentes discusiones de las que era testigo auditivo mientras realizaba la limpieza de las cabinas de la oficialidad: un vozarrón imponiéndose a un susurro. Aparentemente así debía ser, pero al final fue este último quien acabó haciéndolo; (me refiero al imponerse).

Respecto de las causas... Bueno, muchas cabría alegar, aunque quizás una las sintetice: el distinto aprecio por Mary. Mary (supuesto sea la misma) fue un amor de juventud de don Jesús que en un momento dado hubo de abandonar por imperativo de las circunstancias. Su conocimiento en el Olimpia (no físico) provenía de las frecuentes quejas del jefe en cuanto a sus intentos por desgraciarle, a lo cual él respondía con una virulencia rayana en el odio, hecho que contrastaba con los quedos reproches del capitán hacia esta su actitud y que denotaban su inmutable amor por ella. Cómo y cuándo ambos hombres confluyeron en la realidad de esta mujer no se sabe, pero sí cabe decir (por el conocimiento aludido) fue antes del hallazgo en alta mar del bote de salvamento (nombre impreso en la amura) del Hurricane. Cuando tuve noticia de este encuentro (cuya prueba irrefutable es el propio bote actualmente en poder de los armadores del Olimpia), indagué sobre la existencia del Hurricane, y cual no sería mi asombro (máxime cuando dicho bote se encuentra en perfecto estado) al comprobar que había sido dado por desaparecido hace más de veinte años. Si dicho bote perteneció al Hurricane (y parece ser que sí), no ha podido estar a la deriva durante todo este tiempo sin sufrir el natural deterioro, a no ser, claro está, que haya estado a cubierto hasta pocos días antes de perderse en la mar, cuestión que dudo mucho lleguemos algún día a averiguar... Pues bien, volviendo al hilo del asunto, la presencia de Mary a bordo se hizo más patente desde entonces. Ya no eran sólo las quejas de don Enrique las que hablaban de su existencia, sino también, por ejemplo, la prohibición del capitán al camarero

para que limpiara su dormitorio (sólo le permitía la del despacho), siempre cerrado con llave. Según me comentó éste, en una ocasión oyó llorar a una mujer tras la puerta, aunque al preguntarle sobre su evidencia, tuvo que admitir la existencia de multitud de ruidos zarandeado como estaba el barco por el temporal.

Muchas, desde luego, son las sombras que han rodeado a este viaje, y comprendo que no todos se resignen a no encontrar su lógica, sobre todo cuando hay negocios comprometidos en ello, como les ocurre a Lawrence & Co., fletadores del Olimpia, y a la compañía aseguradora de su cargamento. Ambas aceptan el hecho objetivo de la pérdida de un barco y 4.000 toneladas de azulejos, pero así como la primera sociedad alega hundimiento por causa de fuerza mayor, la segunda basa su hipótesis en motivos de robo. Considero, no obstante (y el tribunal así lo entendió al mencionar en su sentencia la falta de pruebas), estas posturas tendentes a hacer prevalecer los propios intereses frente a lo que realmente pudo ocurrir. Pero dejemos para más adelante, con una mayor información, las controversias acerca de este asunto.

La navegación transcurrió sin contratiempos. Situados con respecto a Punta Europa se dio rumbo para, de acuerdo con la separación de tráficos que la carta de navegación indica, pasar a unas tres millas al Sur de la isla de Tarifa. Estos detalles tan precisos los recordaba el primer oficial por ser habituales en el cruce del estrecho hacia el Atlántico, trayecto por él recorrido multitud de veces tanto en uno como en otro sentido. (Permítaseme, ya que lo menciono de nuevo, y sin duda lo volveré a hacer, detenerme un momento en la persona de este hombre: don Antonio Clavijo.)

Cualquiera se lo habrá figurado, después de referirme a él con los títulos de don y señor en consideración al puesto que ocupaba a bordo, como ceñudo adulto. Nada más lejos de la realidad. Antonio (a partir de ahora prescindiré de todo protocolo) es un joven de unos treinta escasos años aún apto para ver el lado alegre de la vida; (me hablaba riéndose de la noche en que vio al capitán creyéndolo sonámbulo). Sin contar el período de prácticas, toda su trayectoria

profesional transcurrió en Arcasa hasta que a raíz de los sucesos que estoy narrando, solicitó la baja sin que hasta el presente haya vuelto a navegar. No cabe inferir de esto una escasa experiencia como marino, pues puede admitirse un mínimo de trescientas mil millas las recorridas por los más diversos mares durante este tiempo. Rasgo peculiar en él cuando escucha es la mirada fija en la pupila de su interlocutor penetrándole hasta el mismo cerebro, sensación (al menos así la sentía yo) bastante desagradable por imposibilitar la opción de mentir a un pensamiento que se intuye conocido desde antes de mostrarse por la boca. Por lo demás, es un mozarrón carente de maldad que cuando uno llega a habituarse a ese su defecto, se hace querer.

«Apagada la luz de su dormitorio –me relataba lo sucedido aquella noche–, pude por fin situarme respecto a la costa. La visibilidad era buena y el rumbo invariable hasta el punto de recalada. Advertí al marinero vigilase la presencia de otros posibles barcos y me senté en uno de los sillones con la intención oculta de dormir un rato; llevaba más de un día sin hacerlo por la coincidencia de la estiba y la maniobra de salida con mi horario de descanso. Alguien me tocó en el hombro. Me volví sobresaltado por saberme incumpliendo mis obligaciones de vigilancia. Era Enrique, a esas horas (si es que en alguna no lo estaba) también de guardia.

»–Vaya, vaya –me censuró con cierta sorna–; para fiarnos de ti.

»–No dormía –balbuceé avergonzado sabiendo que sí lo hacía– ... ¿Y tú?, qué haces aquí debiendo estar en la sala de máquinas –quise disculparme.

»Alegó deseos de distraerse un poco ante tanta monotonía, sin que ello supusiera peligro para el barco estando el engrasador en su puesto. Le conté entonces lo sucedido con el capitán. Mientras lo hacía, en su carencia de preguntas me dí cuenta estaba al corriente de todo.

»–Sí –musitó cuando hube terminado–, Vidaurre no tiene ningún problema con las mujeres.

»No comprendí su afirmación. Qué narices tienen que ver las mujeres con saber dónde estamos. Esto intenté decirle.

»Amanecía. Salimos al alerón.

»—Mira —me dijo al ver salir el sol—, y pensar que hemos dado toda una vuelta.

»—¿Una vuelta?

»—Sí, la Tierra; desde ayer hasta hoy, para estar en el mismo sitio.

»—Y un poco más —añadí—: lo recorrido por Olimpia.»

Se me quedó mirando con su mirada taladradora como diciéndome: «Qué, ¿lo ha entendido?» Yo entonces ni siquiera supe lo que había que entender esperando como estaba me dijese la contestación del jefe de máquinas acerca de la relación de las mujeres con el dónde estamos. Ahora, al recordarlo, creo quiso darme a entender que, al mencionar al Olimpia, involuntariamente él mismo se contestó: El nombre de mujer de este barco le hizo ver (en ese momento, pues más tarde en el juicio quizá tuvo sus dudas) de la necesidad de haber salido del útero materno para poder estar allá donde cada cual esté. Pero, ¿y el de Mary?; ¿qué puesto ocupaba a bordo?

Atrás quedaba Europa con su punta. Cruzado Gibraltar, Espartel fue el cabo de encuentro con el continente africano.

Hasta ese momento nadie (excepto el jefe en cuestión de Mary) discrepaba del parecer de don Jesús: de sus órdenes, por ser las del capitán; de las que no, por provenir de quien por su edad se consideraba digno de mayor respeto. Puede decirse que la armonía era norma entre los catorce hombres. Cómo una situación así puede degenerar hasta hacerse anárquica es cuestión que siempre me ha intrigado. No comprendo cómo si la primera es causa de bienestar y la segunda no, la gente puede dejarse arrastrar en su propio perjuicio. Lo cierto es que, como iremos viendo a medida avance en este informe, la tripulación que en un principio se había mantenido al margen de las discrepancias entre los dos máximos responsables de la nave, acabó también por discrepar de todo y contra todos.

Una primera muestra de lo dicho tuvo lugar por cuestiones de comida. El cocinero, hombre no precisamente impoluto (según versión de quienes lo

conocieron), gustaba de la compañía de Ricardito, un loro que junto al dueño campaba por sus respetos a lo largo y ancho de la cocina. El animalito, con sus frases miméticas, era objeto de toda clase de bromas por parte de la marinería, cosa que no agradaba mucho a Anselmo (el cocinero) por la crueldad de algunas. Éste fue el caso cuando, como consecuencia de haber aparecido varias de sus plumas en el puchero con la comida, alguien en represalia dejó al pobre animal sin la mayor parte de las que tenía en las alas. La queja ante el capitán no se hizo esperar. Éste, influido por Enrique que apreciaba el buen hacer gastronómico del demandante, tomó partido a su favor apremiando al contramaestre a dar cuenta del responsable del desmán. Ya fuera por no saberlo o por no querer ejercer la delación, aquél permaneció en el anonimato, y la sanción (un día de trabajo sin sueldo) recayó sobre todo el colectivo. Vencidos y vencedor entablaron a partir de entonces una sorda lucha con agravios, por lo que a la comida se refiere, consistentes en reservar la peor parte de la misma para los sospechosos autores del desplume. El rencor fue *in crescendo* y un buen día, en venganza, Ricardito apareció decapitado sobre el tajo de la cocina. Con su muerte la paz se demostró imposible.

«La paz (palabra hermosa tras conocer la guerra, pero no antes) anidó en el recuerdo entre plumas de colores de cuando el pájaro estaba vivo:

»—Anselmo, con Ricardito sobre el hombro —(se escucharon risas en la sala)—, y don Enrique solían pasear por cubierta a eso del atardecer.

»—¿Y qué importancia tiene?

»El marinero miró a sus compañeros como pidiéndoles asintieran.

»—Ambos se entendían.

»Sospechando el magistrado el sentido de la frase, quiso confirmarlo:

»—¿Sodomía?

»—No, no dormía; se entendían.

»De nuevo risas en la sala. Hubo que explicarle el significado del vocablo para que lo aceptase representativo de lo que tenía en mente; sólo eso: en mente, pues nada pudo demostrar.»

La anécdota muestra lo cautelosos que debemos ser con lo escuchado porque, salvo honrosas excepciones, quienes tienen la palabra se apropian de las bellas aunque sea a costa de los que no la tienen. Y éste es el caso: nadie asumió su culpa; durante el juicio, por los presentes, y a bordo (sospecho), por unos y otros, ya que, como dice el dicho, dos no se pegan si uno no quiere.

Don Jesús no era ciego para no darse cuenta del cariz que estaba tomando la convivencia, tan necesaria para superar con éxito los peligros del mar, e intentaba apaciguar los ánimos ya fuera mostrándose condescendiente o endureciendo las sanciones. Vano intento. Algunos, entre los que se encontraba, parecían haberse vuelto locos. Mandó subir uno de los sillones al puente alto, y desde allí, sentado, oteaba el horizonte con los prismáticos. Navegando bastantes millas separados de la costa marroquí, la mar, en calma chicha, reflejaba el sol obligándole a ponerse unas gafas como si de un soldador se tratara. «Se pasaba horas enteras buscando no sé qué», y desde luego nadie debió saberlo hasta que lo encontró. A eso del mediodía avisó al oficial de guardia pusiera el radar en funcionamiento, pues creía haber visto algo. Éste, tras hacer lo ordenado, pudo comprobar que, efectivamente, en aquella marcación la pantalla mostraba un eco de algo no visible a simple vista por la reverberación del sol. Siguiendo órdenes puso rumbo en esa dirección. A medida se acercaban, la visión más nítida, supieron era un bote de salvamento. La mayor parte de la tripulación sobre cubierta curioseaba al abarloar. «Fue entonces cuando nos dimos cuenta –me comentaba Antonio– que el capitán estaba al corriente del encuentro.» Puesta la escala de gato, con el Olimpia parado uno de los marineros saltó y sujetó con sendos cabos los extremos del bote. Era uno de motor en tan buenas condiciones que hasta la máquina funcionaba, y, cosa curiosa, con sus pertrechos (una caja con comida y una brújula) en perfecto estado. «Pensamos si los naufragos se habrían ahogado, pero viendo el buen estado de la mar, y del bote también, sólo era posible si voluntariamente lo habían hecho, hipótesis que por absurda desechamos.» Izado el bote a bordo, el capitán ordenó introducirlo en una de las bodegas, porque,

aunque no es muy grande, su estiba sobre cubierta hubiera dificultado las labores de la marinería.

Como es lógico, los comentarios entre la tripulación, más que del hallazgo, versaron sobre la extrañeza causada porque don Jesús supiera del asunto antes de producirse. ¿Quién le había informado? Eso mismo me preguntaba yo hasta que supe de la historia del Hurricane. Fue éste barco con bandera de conveniencia y un currículo lleno de tropelías, de todas quizá la más llamativa la de la cobarde huida del puerto de Walvis Bay tras abordar y hundir un velero causando la muerte de sus tres ocupantes por asfixia atrapados en su interior. El suceso conmocionó hasta tal punto a la opinión pública que los periódicos del lugar publicaron los nombres de la tripulación huida por si alguien pudiera dar referencia. ¿Y sabe usted quién era uno de ellos?: don Jesús Vidaurre, ocupando plaza de tercer oficial. Cuando lo leí no daba crédito a mis ojos. Relacioné entonces el conocimiento de antemano aludido con sus compañeros de antaño. No tengo la menor duda de que alguno le informó; cómo, si no, saber del Hurricane veinte años después. Nada puedo decir del interés que tuvieron en promover dicho encuentro, pero fuera cual fuese lo habían tramado y por esta razón el Olimpia reanudó camino sin preocuparse lo más mínimo de las posibles víctimas. Bien sabía el capitán que no existían... ¿Que no existían? Debo ser más comedido con mis afirmaciones.

El nombre del Hurricane, y con él el del capitán, vagó obsesivo en las mentes de sus subordinados como un misterio por el bien de todos a descifrar. ¿Quién les garantizaba que la finalidad del viaje era llegar a Cape Town? Con un hombre actuando exclusivamente bajo su propio impulso todo es posible, y don Jesús, a falta de explicación, parecía confirmarlo. A las ya mencionadas rencillas y discrepancias hubo que añadir ahora la desconfianza hacia la jefatura de la nave. Sin embargo, sus efectos no fueron todo lo contundentes que cabía esperar porque el calor, más intenso y húmedo a medida se acercaba el trópico (obligando a muchos a dejar los camarotes durante la noche), y el cansancio, acumulado más que por el trabajo por la imposibilidad de conciliar el sueño,

transformaba las voluntades en un estado de febril abulia inhábil para cualquier acción. Sólo don Jesús, inmune a estas causas, mantenía inalteradas sus aptitudes permitiéndole hacerse valer aun a pesar de la oposición existente hacia su persona. De este modo el Olimpia seguía las directrices que él le marcaba sin atender las quejas (a veces próximas a la sedición) que se oían en derredor. Y no era para menos viendo, por la derrota seguida, en el barómetro bajar la presión hasta niveles de un cercano huracán... Seamos imparciales: de algo que hacía bajar la presión.

Es fácil a toro pasado decir que esto o aquello se pudo evitar, pero cuan distinto es hacer frente al momento. Excepto de éste, no sé de otro huracán por la costa occidental de Africa, y si ha habido más, todos convendrán que no es habitual. Traigo esto a colación porque sí, es cierto, la bajada de presión vaticinaba un empeoramiento del tiempo, pero qué marino es quien ante la más mínima borrasca se aparta de su derrota buscando refugio. Don Jesús, a pesar de las dudas de la tripulación, seguía la correcta para llegar al puerto de destino, y el mínimo de presión no era razón suficiente para apartarse de ella. (Hago aquí un breve paréntesis para carear el supuesto, antes expuesto –según versión de la compañía aseguradora–, del robo con esta mi afirmación de la adecuación del camino seguido.)

Dicha compañía asegura que don Jesús, junto a la tripulación desaparecida, procedieron rumbo desconocido una vez Antonio y los que le acompañaban se perdieron de vista; dictamen sobre el que no cabe oponer ninguna objeción porque los hechos así lo confirman. Ahora bien, ¿significa esto que en su intención estaba apoderarse ilícitamente de los bienes ajenos? Si así fuera, alguna prueba debería haberse encontrado, no sólo por lo que se refiere a la venta de dichos bienes (barco y cargamento) tan difíciles de ocultar, sino también de los idos intentando ponerse en contacto con sus familiares. Nada de esto ha sucedido. Pero aún hay más: tanto si los mencionados presuntos tuvieron cómplices externos (por ejemplo, gente del Hurricane conocida por el capitán) como si no, es bastante extraño lograrán disimularlo ante sus propios

compañeros cuando todos desconfiaban de él (sí, de don Jesús) por los motivos ya apuntados. No (después se vio), las dudas de sus hombres eran totalmente infundadas. Me temo que nunca sabremos lo que don Jesús pensaba en aquellos momentos, pero nadie podrá acusarle de que la derrota seguida (teniendo en cuenta las circunstancias que le rodeaban) no era la idónea para llegar a buen fin.

«El calor era sofocante en la sala de máquinas –me comentaba el primer maquinista, Luis Rubiera, recordando el día antes–; yo calculo más de los cuarenta grados. Cada cierto rato subía a cubierta buscando un poco de aire fresco; no podía aguantarlo. En una de éstas escucho, sin ser visto, la voz de don Enrique:

»–¿Es ella la que te obliga?

»–Mary no tiene la culpa –la disculpaba el capitán–. Los dos sabemos que es necesario.

»–¿Por qué, por qué –sollozaba el jefe– siempre esta zorra me ha buscado?

»No pude oír más. Bandas alargadas de nubes cirrosas dejaban entrever halos de luna, y en esta pálida claridad supuse unas lágrimas que le impedían hablar.»

La mar rizada por una suave brisa, se mezcló con otra de olas más largas causadas por no se sabía qué. La presión seguía bajando, y el Olimpia avanzaba ignorante de todo; «bueno, de casi todo –se justificaba Antonio–, porque yo ya le dije al capitán que por aquellas latitudes no era normal una presión de poco más de mil milibares.

»Gradualmente las nubes fueron espesando hasta convertirse en cirrostratos, y en el horizonte en forma de arco más densas y oscuras que claramente indicaban la presencia del huracán. Después de todo un día navegando en esa dirección, ya era tarde para escapar. Nadie le reprochó nada –(refiriéndose a don Jesús)–: el miedo nos enmudecía de ver el peligro enfrente. La lluvia, antes intermitente, empezó a caer de forma continuada; y el viento

marcaba el anemómetro treinta y cinco nudos. ¿Sabe lo que es eso?... Espuma extendiéndose por todas partes con olas de unos cuatro metros.

»La campana del castillo de proa empezó a tocar sola. Fue entonces cuando el capitán, desde el puente, dio orden de reunirnos allí con el chaleco salvavidas puesto. Ahora me hace gracia; de haberlo necesitado creo que no hubiera servido de nada, pero pienso lo hizo para darnos valor por aquello de mal de muchos consuelo de tontos.

»Navegábamos con velocidad reducida, sólo la suficiente para que el timón respondiera. Lo de menos era mantener el rumbo; era más importante evitar las olas de través e intentar cogerlas por la amura. ¿Cree que es fácil con viento de más de sesenta nudos y olas de hasta doce metros? El barco, levantado por éstas, al pasar cae libremente chocando el pantoque contra el agua produciendo un ruido ensordecedor. Todo él vibra como cuando se tienen escalofríos de fiebre.»

Como hombre de tierra acostumbrado a pisar suelo, la descripción de Antonio se me hace difícil de imaginar, pero pienso debe ser aterrador no tener un punto de sujeción frente a las inclemencias del tiempo. Al preguntarle sobre si habían aplicado las normas de maniobra que establecen algunos libros de meteorología respecto de los barcos que se encuentran con un ciclón, supongo que por la ingenuidad de mi pregunta, se echó a reír:

–Allí nadie sabía, y si las supo las tenía olvidadas, de ninguna maniobra. Andábamos como buenamente Dios nos daba a entender.

Hojeando uno de estos libros leo lo siguiente: «A unas 35 millas del centro del huracán soplan vientos de entre 200 y 250 kilómetros por hora, con olas que superan los 14 metros de altura; nubes en forma de cumulonimbos dejan caer una lluvia torrencial, y el aire está lleno de espuma y de rociones. Visibilidad casi nula. Se imposibilita toda clase de navegación.» No creo, en base a esto, que las palabras del primer oficial sean pura fantasía.

Sin embargo –volviendo a lo dicho por el Juez–, es la falta de pruebas de lo que adolece este caso. Excepto la palabra de los seis sobrevivientes, el bote de

un barco desaparecido hace más de dos décadas y el rol del Olimpia, no hay nada más. En las oficinas de la casa armadora consta la última posición recibida por radio: 15° 50' de latitud Norte y 18° 25' de longitud Oeste. A partir de aquí casi mes y medio sin noticias, hasta que las autoridades de Sudáfrica comunican el hallazgo en sus costas de unos naufragos que dicen ser españoles. Al preguntar al armador sobre esta última conversación con don Jesús, me llamó la atención que no le hubiera informado del asunto del Hurricane; claro que, después de conocer su historia, comprendí tuviera miedo de que aquél se enterara de su peor pasado. «El señor Vidaurre –así lo recordaba una anciana con la que hablé en Walvis Bay– gustaba mucho a las mujeres; era joven y bien parecido, y mis chicas le respondían, quizás también porque de tan tímido les hacía gracia; en especial a *Without-parents*.» «¿A quién?», pregunté extrañado por este apodo. «A Mary *Without-parents*, una huérfana que se enamoró de él perdidamente. Desde que le conoció apenas hacía caso a los demás clientes. Y mira que yo le gritaba amenazándola con despedirla. Que si quieres; sólo tenía ojos para su Vidaurre... Una noche se fueron juntos y ya no la volví a ver. Cuando me enteré (por lo del velero hundido) de la clase de hombre que realmente era (para que te fies de las apariencias), temí por su vida; y hasta la fecha nadie me ha desmentido.» Me parece demasiado fuerte acusar a don Jesús de criminal; porque, sí, aunque todos reconocen que era –(qué digo, si ni siquiera sabemos si ha muerto)– es un poco raro, lo que de él conocemos no avala la anterior sospecha. Pero bueno, sea como sea, lo cierto es que ésta no le favorece en nada, y por tanto me reafirmo en lo dicho anteriormente sobre sus temores. Respecto a Mary no sé si se corresponde con la de a bordo –(en el supuesto de que sí lo fuera, su inocencia quedaría demostrada sólo en parte, pues queda lo del hundimiento)– porque nadie me ha podido dar referencias acerca de los rasgos físicos de esta última.

Durante la tempestad, Mary (la de a bordo) siguió sin dejarse ver, pero ninguno dudaba de su persona: la sabían en el camarote del capitán. En la ocasión aquella en que todos subieron al puente temiendo lo peor, alguien

comentó si deberían avisarla. El viento huracanado había arrancado la antena del radar, y uno de los botes de salvamento, rotas las trincas que lo sujetaban a cubierta, se zarandeaba violento sobre uno de los cables del pescante, rompiéndose a cada golpe contra el costado del barco. El contramaestre y un marinero desde esa cubierta intentaban con unas tenazas de cortar cable liberarlo para que cayese al mar. «En esto que lo logramos –me explicaba el marinero que le acompañaba– Pedro (el contramaestre) resbaló cayendo por la borda; lo vi agarrarse al alféizar de uno de los portillos por donde la mano de Mary intentaba sujetarlo. No pudo ser; golpeado, como antes el bote, cayó al agua perdiéndose entre las olas.» Me llamó la atención estuviera tan seguro de que fuera Mary y no otro quien intentó agarrarlo, y le pregunté al respecto. «Quién iba a ser si no; excepto nosotros dos, todos estaban en el puente.»

La muerte de Pedro (única de la que hay constancia) supuso un duro golpe para la moral colectiva ya de por sí mermada por las adversas condiciones, y las voces discrepantes se hicieron casi unánimes contra el capitán por ser el autor de la orden de tan fatales consecuencias. Antonio, viendo en peligro la integridad física de su superior jerárquico, mandó a la gente salir de allí, quedándose a solas con Enrique y don Jesús. «El aspecto demacrado y ojeroso (cuasicadavérico) de Enrique (figurado también en mí por la fatiga que sentía), contrastaba con el buen semblante del capitán. Parecía no afectarle en nada todo aquello que en nosotros sí lo hacía.

»–Don Jesús –le pregunté–, ¿no cree que deberíamos lanzar un S.O.S.?

»Me miró de una forma que interpreté de conmiseración (cosa curiosa) sólo por mi persona a pesar de ser la nuestra similar (por no decir peor la suya por los reproches de la tripulación a la aludida orden) encrucijada.

»–Clavijo –me contestó–, ¿por qué tanto miedo a conocer?

»–¿A conocer? –me mostré ignorante.

»–¿Cree que ellos, por no verlos, no saben de nosotros?...; mejor que usted y yo. Mire –me señaló a Enrique– de qué sirve tanto preocuparse.

»Éste, sentado en el suelo por no permitírsele los bruscos bandazos

hacerlo en uno de los sillones que se movían al compás de aquéllos, se convulsionaba de dolores estomacales que yo interpretaba de mareo.»

¿Cuántos días estuvieron bajo los efectos del huracán? ¿Tres, cinco..., tal vez una semana? Ninguno de los sobrevivientes supo concretar. Perdida la noción del tiempo por la ocultación del sol y su paupérrima salud, se les hacía difícil calcularlo.

Cuando salieron de esta horrible pesadilla, el Olimpia no era el mismo. Inundada la bodega de proa como consecuencia de una vía de agua, su calado aproado dejaba al aire parte de la hélice restándole velocidad. Además de esto, rota la antena del radar y perdido el mejor bote de salvamento, la radio no funcionaba.

—¿No pudiste entonces pedir auxilio? —le pregunté a Antonio al saber de esta última avería.

—No; lo intenté varias veces, pero no pudo ser... —miró en derredor para asegurarse de que nadie nos escuchaba—. Entre nosotros, sospecho que fue el capitán quien lo preparó para que así ocurriera.

—¿En qué te basas?

—Aquel día en que le propuse lanzar un S.O.S. y me contestó de forma parecida a la noche recién iniciado viaje, dándome cuenta que en su voluntad estaba pasar desapercibido, lo dejé estar para cuando yo estuviera solo. En una de éstas en que desde la cabina de la emisora de radio, próxima a la suya, hacía esfuerzos para hacerme oír sin que él supiera, me sentí observado y al volverme vi una sombra alejarse hacia su camarote. La seguí para intentar justificar mi acción, pero al entrar no había nadie. El portillo abierto con la cortina moviéndose al compás del aire mostraba manchas de sangre de cuando Pedro se cayó. Me acerqué hasta la puerta del dormitorio intentando abrirla; estaba cerrada a pesar de estar él en el puente.

Se quedó callado como dando por finalizada su explicación.

—Bueno, ¿y qué? —le incité para que continuara sobre lo que para mí seguía siendo un misterio.

—¿Y qué?... Pues que fue Mary quien advirtió al capitán de mis intenciones, y temiendo éste la pudiera denunciar por la ilegalidad de su situación a bordo, se las arregló para que no lo hiciera.

No me parece esta explicación muy plausible; pero aunque sí lo fuera, lo único cierto es una cortina movida por el viento que muy bien pudo ser la mano de esa mujer...

¡Basta de conjeturas!

El Olimpia, después del huracán, vagó perdido sabiendo sólo que estaba en un océano llamado Atlántico; y no es exageración decirlo. Por supuesto que se sabían no situados en los extremos Norte o Sur del mismo, y sí en el trópico; pero en qué punto. Era como ignorar dónde está la aguja en un pajar sabiendo que éste está en el campo. Desde la última posición verdadera radiada por el capitán —(sólo a él le estaba permitida la comunicación con el exterior)— a la casa armadora, no había ni volvió a ser posible situarse por las precarias condiciones de visibilidad. Sabido es que para lograrlo con el sextante se requiere la coincidencia simultánea de dos condiciones: que el astro en cuestión se vea y que haya un horizonte nítido para, bajado aquél por reflexión de espejos, tangentearlo en su línea. Pues bien, en el tiempo que resta de esta historia no se dio tal simultaneidad. Por otra parte, con el radar estropeado era bastante problemático acercarse directamente con un rumbo de noventa grados, o sea, Este, a una costa de la que, excepto ser de Africa, se desconocía todo. Ante esta situación don Jesús consideró prudente, desde un círculo de posible ubicación, trazar rumbo hacia la costa de Namibia (ahora lo sé) de recuerdos juveniles.

Fue el viento (en su forma de alisios soplando por la popa para, aparentemente sin causa justificada, pasarlo a hacer de proa), y alguna noche la Cruz del Sur, quien les indicó, días más tarde, que habían cruzado el Ecuador. Fuera de esto, nada más despejó sus dudas durante todo el trayecto. Los días pasaban monótonos, con una velocidad de no más de cuatro nudos, sin saber a ciencia cierta qué les deparaba el futuro.

Lawrence & Co. –como ya he dicho– basó la defensa de sus intereses en estas precarias condiciones. Según ellos, la vía de agua producida durante el huracán fue causa originaria del posterior hundimiento. No aceptando la versión de la limitación de sus efectos a sólo la bodega de proa, consideran que éstos fueron agravándose durante el viaje hasta que, desembarcados los sobrevivientes, en alguna extraña maniobra realizada por el Olimpia en el entretanto, se fue a pique. De ser cierta esta hipótesis, el barco de nuestras pesquisas se encuentra actualmente varado en el fondo del mar frente a las costas de Namibia. Es fácil decirlo, pero no comprobarlo. ¿Sabe la extensión que sería necesario rastrear? Desde que Antonio y los que le acompañaban dejaron el barco hasta que tuvieron conocimiento exacto de donde estaban, pasaron más de dos días, ellos moviéndose, y el Olimpia (tal vez) también. Echando marcha atrás en lo andado por quienes nos lo han podido contar, se calculó el punto de partida con un margen de error de varias decenas de millas (algunas investigadas con resultado nulo); añádase a esto lo hecho por de quienes nada sabemos y se comprenderá lo ímprobo del trabajo. Pero es que todavía hay más: son los propios afectados quienes, avalados en parte por los hechos, no comparten tal opinión. Cómo es posible, aun teniendo en cuenta la pérdida de estabilidad que supone cualquier inundación, recorrer aproximadamente tres mil millas y en el último momento, cuando se vislumbra la salida a tantos males, irse a pique. No, desde luego; tiene pocos visos de realidad.

Había dejado a la tripulación, antes de adentrarme en el huracán, en condiciones de discrepancias generalizadas, más que de forma individual yo diría de clase; es decir, no eran los hombres en sentido estricto quienes se enfrentaban entre sí, sino los diversos estratos: subalternos contra oficialidad, don Jesús contra Enrique (paradigma de cubierta y máquina), cocina contra presuntos homicidas del loro. Las duras condiciones provocadas por el entorno climático hemos visto que (excepción hecha con la muerte del contraestre) apaciguan bastante los ánimos. ¿Qué ocurre a partir de ahora?; ¿se dan por

olvidadas las antiguas querellas o surgen de nuevo?, y si resurgen, cómo: ¿idénticas o agravadas? Vayamos por partes.

«He vuelto a nacer», se suele decir cuando se sale de un síncope, y esto fue lo que la gente del Olimpia sintió cuando vieron los cumulonimbos del ciclón alejarse: una histérica alegría, en muchos casos acompañada de lágrimas. No obstante, poco a poco la concienciación de los graves problemas pendientes de resolver (el principal: llegar a buen puerto) les llevó de nuevo a posiciones de mayor comedimiento. Es entonces, aún no repuestos de los males pasados y conscientes de los que probablemente se avecinan, cuando empiezan a preguntarse por los responsables (por no decir culpables) de tanta indigencia. Hay opiniones para todos los gustos, pero —por las que he podido escuchar— siempre los prejuicios de antiguos rencores subyacen en ellas. Así, prescinden de la solidaridad mostrada por los oponentes durante la tempestad, pero no de los agravios, o dudas de intención —(caso del capitán con el bote del Hurricane)—, anteriores a ésta. De este modo la convivencia vuelve a degradarse con una tendencia a empeorar a medida se avanza por el nuevo rumbo, pues ya no existe el dique de contención de los rigores climáticos (suavizados en el hemisferio Sur). Ahora sí que los enfrentamientos, sin dejar de ser clasistas, son de índole personal; verbigracia: el marinero o engrasador con su compañero de trabajo por cuestiones, casi siempre, banales; el oficial negándose a transmitir la orden recibida, etcétera. Un verdadero galimatías donde ni siquiera cada cual, en la soledad del propio camarote, se siente satisfecho. En fin, problemas —pienso yo— más propios de un estudioso de la siquiatria que de quien redacta este informe.

En lo que atañe respecto a Mary he de hacer constar la aparición de una, en un principio vacilante, corriente de opinión favorable a sus encantos. Nadie la ha visto, y sin embargo algunos (en su fantasía mujer hermosa) se sienten atraídos por ella; otros en cambio la rechazan. Surgirá así una línea divisoria que, a medida se haga nítida, como un abismo sin odios separará en dos bandos a los hombres del Olimpia.

Supongo se preguntará –como hice yo en su momento– cómo es posible que en estas condiciones el capitán lograra mantener su autoridad. Está claro que mientras su vigor físico (más que por méritos personales por el lamentable de sus subalternos) se lo permitió, no hubo problemas; pero ya con la muerte del contramaestre vemos un intento de linchamiento, del que logra salir indemne gracias a la intervención del primer oficial. Con más razón cabía esperar en esta segunda fase del viaje (recuperada la salud de parte de la tripulación) fuese, si no respetado, al menos ignorado en su posición de mando. No es así; contra todo pronóstico don Jesús sigue haciéndose valer. ¿Por qué? Porque, al igual que ocurrió en la susodicha muerte, es Antonio quien siempre sale en su defensa, y él sí tiene vigor físico suficiente para hacerse respetar, aunque sea con los puños. Razones de simpatía –me dije cuando me lo contaron–, y lo dejé estar, si bien con una sensación en mi fuero interno de que algo no encajaba.

Con esta autoridad, digamos prestada, don Jesús consigue mantener al Olimpia camino hacia algún punto de la costa de *South West Africa* (también conocida por Namibia). La visibilidad durante gran parte del trayecto no es muy buena: escasamente unas dos o tres millas, pero por suerte el estado de la mar no ha agravado la precaria estabilidad del barco. Son muchos los días transcurridos desde que perdida la orientación, y a falta de avistar otros navíos que conocedores de sus coordenadas les hubieran servido de referencia, siguen sin saber dónde están. Claro que con esa neblina aunque la tierra esté allí es imposible verla. La sonda es la solución. La profundidad del fondo del mar respecto de la quilla indicará, si disminuye, que la costa está cerca.

Nunca tan poco supuso tanto –cabría decir de este cabo sujeto por uno de los chicotes a un peso de plomo–. «Al principio su longitud se quedaba corta respecto de la profundidad, pero llegó un momento que no lo fue, y siempre hubo alguien dispuesto a medirla.» Este alguien era, sobre todos, quien me hablaba: el camarero. Situado en el castillo de proa, informaba de los metros con toques de campana: dos por cada uno. «Cada vez eran menos y mayor el peligro de varar. Hubiese sido de locos continuar en estas condiciones con una

costa que, tras la niebla, seguía sin dejarse ver. El capitán mandó parar máquina y fondear; había llegado el momento de saber por qué tuvo tanto interés en encontrar al bote del Hurricane.»

Habría notado en las frases concernientes a este bote –escritas tal cual las oí–, la creencia a bordo de que don Jesús, a diferencia de ellos, sabía del futuro. Yo por mi parte lo dudo, y si en algún momento tuvo intención por algo, ese algo fue luego trastocado por la realidad. De este modo el bote en cuestión, cuyos móviles iniciales sólo don Jesús sabe, acabó sirviendo para que seis hombres pudiesen explorar aquella costa. No podía ser de otra manera. De los dos botes del Olimpia, uno se había perdido, y el otro, con los remos como único medio de propulsión, hacía inviables los largos trayectos.

Sacado de la bodega –(otra favorable casualidad: no era ésta la inundada)–, se izó con uno de los puntales llevándolo hasta la borda y desde aquí arriado dejándolo flotar. Naturalmente los elegidos para acometer la tarea de exploración fueron los que en mejores condiciones físicas estaban, o sea: Antonio, el primer maquinista Rubiera, los dos marineros, uno de los engrasadores y el camarero. Don Jesús también lo estaba, pero la edad y su puesto de mando (además –añado yo– del propio deseo), le hicieron quedarse a bordo. Se pertrechó el bote con alimentos y combustible suficientes para varios días de navegación, y en cuanto al control del rumbo se dejó a cargo de la brújula que había en él cuando se encontró. Así narra Antonio lo sucedido en el viaje:

«–Hacia el Este, siempre hacia el Este –nos advirtió el capitán al largar los cabos que nos sujetaban al Olimpia.

»Así lo hicimos adentrándonos en la niebla. Medio kilómetro escaso habría de visibilidad. Con una velocidad calculo yo de unos cinco nudos, anduvimos durante varias horas hasta encontrar costa. Era ésta una en forma de playa que nos permitió varar y saltar a tierra; estábamos ansiosos por hacerlo después de tanto tiempo flotando. Sólo recuerdo de aquel paraje una arena finísima que se extendía a lo lejos sin apenas vegetación. Nos dividimos en tres

grupos: excepto por donde está el mar, uno por cada punto cardinal; de este modo podríamos abarcar en todas direcciones la posible existencia de algún poblado. De mutuo acordamos regresar al atardecer al punto de partida para comunicarnos las novedades, si es que las había habido, y decidir en consecuencia. Yo me fui con el camarero bordeando la orilla hacia el Norte. Puedo decirlo sin temor a equivocarme: aquello (después supe se corresponde con el tramo del litoral conocido como Sint Francisbaai) era un desierto. Caminamos hasta que convencidos de que por allí no había nada, y por la hora también, decidimos volver. Tampoco los otros habían encontrado algo. El temor a la noche en la mar nos aconsejó pasarla en tierra y reanudar la exploración, navegando hacia el Sur, al día siguiente. Con buena visibilidad lo hicimos, siguiendo costa, mientras hubo sol; volviendo a pasar noche en tierra y de nuevo a navegar al otro día. Empezábamos a dudar hubiera vida por aquellas latitudes cuando avistamos a lo lejos una embarcación, embarcación que, según vimos al acercarnos, era un pesquerito faenando con varios negros a bordo. Al pedirles referencia del lugar donde estábamos, nos informaron que cerca del puerto de Lüderitz, al cual llegamos cuando anocheceía guiados por ellos.»

Todo normal y, dentro de lo que cabe, sin ningún contratiempo. Sólo resta ahora volver al Olimpia con alguna autoridad u operario del puerto, y conducirlo hasta él. Esto se hace, pero ¿qué ocurre?. El Olimpia no está donde por cálculos de retroceso en lo andado por los sobrevivientes debería estar. «Será por algún error», se dicen todos. De nuevo los cálculos, una y otra vez, ampliando el radio de acción. Nada; nuestro barco ha desaparecido y con él el resto de los tripulantes. Pasan los días; definitivamente se da por perdido.

Cuando inicié mis pesquisas para poder redactar el presente informe, al igual que todos aquellos con intereses comprometidos en esta aventura, yo también creía en la existencia de alguna explicación lógica acerca de lo que pudo ocurrirle al Olimpia; pero al margen del naufragio o el móvil del robo, qué otras hay. No se me ocurre ninguna, y éstos –ya hemos visto– adolecen de muchos sinsentidos. Me niego, por tanto, a emitir un dictamen acerca del asunto

que nos atañe, y dejo –como ya le dije en un principio– que sea usted mismo quien saque sus propias conclusiones. Ahora bien, para ayudarle a hacerlo creo conveniente informarle, antes de finalizar, sobre la actitud defensiva (que en su momento consideré extraña por no corresponderse con la imperante a bordo) del primer oficial hacia don Jesús.

Estando en Walvis Bay (a donde había ido a recabar más información sobre el accidente causado por el Hurricane en este puerto) pude encontrar en la hemeroteca algunos de los periódicos que en su día hablaron del asunto. Entre otros detalles de tan depravado barco hacen pública –como ya dije– la lista de la tripulación, en la cual se incluye a don Jesús como tercer oficial y a un tal John Goodwin Briggs como su capitán. En ese momento la sorpresa de ver el nombre de don Jesús, me impidió pensar en nada más; sin embargo, algo había en el del capitán que me resultaba conocido. Aquella noche en el hotel, mientras acostado rememoraba lo sucedido en gran parte de esta historia, me percaté de qué era ello: Goodwin es también apellido de nuestro primer oficial, Antonio Clavijo Goodwin. Fue entonces cuando se me ocurrió que algún vínculo familiar podía haber entre ellos.

De vuelta en España, queriendo comprobarlo, me informé en Arcasa sobre el paradero de Antonio. Había dejado la naviera y suponían estaría en su domicilio privado. A petición mía me dieron su dirección, y, sin previo aviso, me encaminé hacia él. Cuando llegué me recibió su mujer, y al decirle quién era y a qué venía (supongo que reconocido por la voz) apareció Antonio con un crío entre los brazos invitándome a pasar. Después de los protocolarios saludos y alguna que otra bagatela, le pregunté por la razón de mi visita:

–Sí, John Goodwin Briggs es mi tío...; pero hace tiempo que murió –añadió como queriéndose disculpar de un parentesco que a todas luces le resultaba molesto.

Me puse entonces a explicarle todo lo concerniente al velero hundido sin que nada de lo que le decía pareciera sorprenderle.

–Sí, ya lo sé –confirmó mis sospechas cuando hube terminado.

–¿Cómo? –me mostré malhumorado–. ¿Y por qué no me lo dijiste?

–Como usted comprenderá con un familiar así no es conveniente ir haciendo publicidad. Mi tío no fue precisamente lo que se dice un modelo de virtudes, sino todo lo contrario: si en algo destacaba era en su falta de escrúpulos para deshacerse de cuantos no le secundaban en sus deseos.

–¿Y sabías también que don Jesús Vidaurre estuvo a sus órdenes?

–Bueno, de esto me enteré por el propio don Jesús en una campaña que hice con él anterior a la de su desaparición. El hombre estaba algo bebido y nos contó ciertas intimidades, entre otras, la de Mary. –(Aunque la inclusión del nombre de esta mujer en cuestiones del Hurricane me sorprendió bastante, no quise interrumpirle.)– Yo entonces relacionando lo que él contaba con lo que ya sabía por John de un tercer oficial que le embarcó de matute a una negra, me di cuenta se trataba del mismo asunto y completé la historia con lo callado por mi tío por no favorecerle, o sea, lo del hundimiento del velero y el abandono de Mary.

No pudiendo reprimir más mi curiosidad, le pregunté por esto último.

–Como nosotros hicimos con el Olimpia, así hizo él también obligándola a desembarcar.

–¿En el mismo bote?

–No podría asegurarlo. Cuando lo encontramos me llamó la atención de que, junto a las características propias del bote de salvamento del Hurricane, tuviera una caja con comida y una brújula tal y como contó don Jesús habían dejado a Mary en alta mar... ¡hace más de veinte años! Como usted comprenderá son dos realidades que se contradicen.

–Y el capitán..., ¿qué pensaba el capitán?

–Nunca lo supe ni quise preguntarle. Ya cuando nos contó la historia me hice el desentendido por temor a que relacionase mi apellido con el de su odiado John Goodwin, postura que mantuve siempre no sacando a relucir de nuevo el tema. Pero es que aunque no lo hubiera hecho dudo mucho me hubiera contestado dada su natural reserva excepto cuando estaba bebido, y puedo

asegurarle que en este último viaje se mantuvo bastante sobrio.

Me quedé callado un tanto apesadumbrado por no sacar algo en claro. Dándose cuenta, continuó:

–¿Sabe?, yo le apreciaba, era un buen hombre. A bordo todos le tenían ojeriza por no quererse ajustar a su voluntad, pero pienso lo hacía pensando en nuestro bien. Además, como miembro de la familia Goodwin, me sabía deudor con él por el daño que le hizo ese mal nacido al quitarle a Mary.

–¿Crees que han muerto? –le pregunté para dar por zanjado este asunto.

–No lo sé. El día en que íbamos a explorar la costa me llamó a su camarote antes de partir. «Clavijo –me susurró de forma apenas perceptible–, cuando lleguen a tierra y pregunten por nosotros díales que también estamos.» «Por supuesto, capitán; y vendremos a buscarles», contesté para darle ánimos. «Tome, llévese el rol del buque como prueba de nuestra existencia.» Cogí el libro y al ir a salir me di cuenta que la puerta de su dormitorio estaba abierta. «¿Y Mary?», le pregunté convencido como estábamos todos de que la ocultaba allí. Me miró de una forma que interpreté de profunda paz: «Ha salido un momento.» Ésta fue la única vez que le vi reconocer ante una persona que no fuera Enrique la presencia a bordo de esta mujer.

»Ya en cubierta, nos despedimos unos y otros, entre bromas, hasta dentro de un momento. Embarcados en el bote del Hurricane, largamos cabos. Mientras nos alejábamos hacia la neblina, me volví y, al ver a nuestros compañeros desde la borda hacernos gestos de adiós con la mano, tuve el presentimiento de que por fin iban a conocer a Mary.